

## La luz emerge en Inglaterra

**D**ios no había permitido que su Palabra fuera totalmente destruida. En diferentes países de Europa, hubo personas que fueron movidas por el Espíritu de Dios a buscar la verdad como si trataran de encontrar tesoros escondidos. Guiados providencialmente a las Sagradas Escrituras, estuvieron dispuestos a aceptar la luz a cualquier costo. Aunque no veían todas las cosas claramente, pudieron percibir muchas de las verdades por largo tiempo sepultadas.

Había llegado el tiempo en que las Escrituras le fueran dadas a la gente en su idioma nativo. El mundo había pasado su medianoche. En muchos países aparecían señales del amanecer que se aproximaba.

En el siglo XIV se levantó en Inglaterra “el lucero de la Reforma”. Juan Wiclef se destacaba en la universidad por su ferviente piedad, así como por su sana erudición. Educado en la filosofía escolástica, en los cánones de la iglesia y en la ley civil, estaba preparado para empeñarse en la gran lucha en favor de la libertad civil y religiosa. Había adquirido la disciplina intelectual de las escuelas y entendía las tácticas de los hombres instruidos. El carácter extenso y completo de su conocimiento le hizo ganarse el respeto tanto de amigos como de enemigos. Sus adversarios se veían en la imposibilidad de burlarse de la causa de la reforma, porque no podían encontrar ignorancia o debilidad en quien la sostenía.

Mientras Wiclef todavía estaba en la universidad, inició el estudio de las Escrituras. Hasta entonces había sentido una gran necesidad que ni sus estudios escolásticos ni la enseñanza de la iglesia pudieron satisfacer. En la Palabra de Dios encontró aquello que en vano había buscado en otros conocimientos. Allí vio a Cristo presentado como el único Intercesor en favor del ser humano, y se propuso proclamar las verdades que había descubierto.

Al principio, Wiclef no se levantó en oposición a Roma. Pero, cuanto más claramente comprendía los errores del papado, más fervorosamente presentaba las enseñanzas de la Biblia. Vio que Roma había abandonado la Palabra de Dios para reemplazarla por la tradición humana. Valientemente acusó a los sacerdotes de haber ocultado las Escrituras y exigió que la Biblia le fuera restaurada al pueblo y que su autoridad fuera restablecida en la iglesia. Era un predicador capaz y elocuente, y su vida diaria era una demostración de las verdades que predicaba. Su conocimiento de las Escrituras, la pureza de su vida y su valor e integridad ganaron la estima general. Muchos veían la iniquidad de la Iglesia Romana, y saludaron con alegría no disimulada las verdades presentadas por Wiclef. Pero los

dirigentes papales se llenaron de ira; el reformador estaba logrando una influencia mayor que la de ellos.

### Un hábil detector del error

Wiclef se daba cuenta fácilmente del error, y con valor atacó los abusos aprobados por Roma. Cuando era capellán del rey, asumió una posición valiente en contra del pago del tributo reclamado por el Papa al monarca inglés. La pretensión del Papa de que tenía autoridad sobre los gobernantes seculares era contraria tanto a la razón como a la Revelación. La demanda del Papa había levantado indignación, y las enseñanzas de Wiclef ejercían su influencia sobre los pensadores más destacados de la nación. El rey y los nobles se unieron para rehusar el pago de este tributo.

Los frailes mendicantes pululaban en Inglaterra y atentaban contra la grandeza y la prosperidad de la nación. La vida de los monjes, ociosa y dependiente de las limosnas, era no solamente una pérdida para los recursos del pueblo, sino también hacía que el trabajo útil se mirara con desprecio. Por el ejemplo de ellos, los jóvenes se desmoralizaban y corrompían. Muchos eran inducidos a dedicarse a la vida monástica no solo sin el consentimiento de sus padres, sino aun sin su conocimiento y hasta en contra de sus órdenes. Debido a esta “monstruosa inhumanidad”, como Lutero la denominó más tarde, y “participando más del espíritu del lobo y del tirano que del espíritu de un cristiano y de un ser humano”, el corazón de los hijos se endurecía contra sus padres.<sup>1</sup>

Aun los estudiantes de las universidades eran engañados por los monjes y seducidos para unirse a sus órdenes. Y, una vez apresados en la trampa, les resultaba imposible obtener libertad. Muchos padres rehusaban mandar a sus hijos a las universidades; las escuelas decayeron, y prevalecía la ignorancia.

El Papa les había concedido a estos monjes la facultad de escuchar confesiones y otorgar perdón, lo cual era una fuente de muchos males. Enfrascados en aumentar sus ganancias, los frailes estaban tan listos a conceder la absolución que los criminales recurrían a ellos, y los peores vicios aumentaban rápidamente. Los donativos que podrían haber aliviado tanto a enfermos como a pobres se entregaban a los monjes. La riqueza de los frailes aumentaba constantemente y sus magníficos edificios y mesas bien servidas hacían más evidente la pobreza creciente de la nación. Sin embargo, los frailes continuaban manteniendo su dominio sobre las multitudes supersticiosas y les hacían pensar que todo el deber religioso se reducía a reconocer la supremacía del Papa, adorar a los santos y hacer donaciones a los monjes; y que esto era suficiente para obtener un lugar en el Cielo.

Wiclef, con claro discernimiento, atacó las raíces de la maldad, declarando que el sistema mismo estaba mal y debía ser abolido. Se estaban despertando la discusión y la investigación. Muchos se preguntaban si no debían pedir perdón a Dios en vez de al pontífice de Roma. “Los monjes y los sacerdotes de Roma –decían

<sup>1</sup>Barnas Sears, *The Life of Luther* [La vida de Lutero], pp. 70, 69.

ellos— nos están carcomiendo como un cáncer. Dios debe librarnos o el pueblo perecerá”.<sup>2</sup> Los monjes mendicantes decían estar siguiendo el ejemplo del Salvador, y declaraban que Jesús y sus discípulos habían sido sostenidos por la caridad del pueblo. Esta pretensión inducía a muchos a ir a la Biblia para descubrir la verdad por sí mismos.

Wiclef comenzó a escribir y a publicar folletos contra los frailes, para llamar la atención del pueblo a las enseñanzas de la Biblia y a su Autor. Él no podría haber elegido una forma más eficaz de derribar esa estructura gigantesca que el Papa había levantado, y en la que muchos estaban cautivos.

Wiclef, llamado a defender los derechos de la corona inglesa contra los abusos de Roma, fue nombrado embajador real en los Países Bajos. Aquí se puso en contacto con eclesiásticos de Francia, Italia y España, y tuvo oportunidad de observar las escenas que le estaban ocultas en Inglaterra. En estos representantes de la corte papal entendió plenamente el verdadero carácter de la jerarquía. Regresó a Inglaterra para repetir sus anteriores enseñanzas con mayor fervor, declarando que el orgullo y el engaño eran los dioses de Roma.

Después de que Wiclef regresara a Inglaterra, el rey lo nombró rector de Lutterworth. Esta era la confirmación de que al monarca no le desagradaba su manera directa de hablar. La influencia de Wiclef empezó a amoldar la creencia de la nación.

Pronto el papado lanzó sus truenos contra él. Se enviaron tres bulas en las que se ordenaba que se tomaran inmediatas medidas para silenciar al maestro de “herejías”.<sup>3</sup>

La llegada de las bulas papales le impuso a Inglaterra la orden de apresar al hereje. Parecía seguro que Wiclef pronto caería ante el espíritu de venganza de Roma. Pero aquel que había dicho antaño: “No temas [...]. Yo soy tu escudo” (Génesis 15:1) extendió su brazo para proteger a su siervo. La muerte sobrevino, no al reformador, sino al pontífice que había decretado su destrucción.

La muerte de Gregorio XI fue seguida por la elección de dos papas rivales. Cada uno de ellos exigía a los fieles que hicieran guerra contra el otro, y reforzaba sus demandas con terribles anatemas en contra de sus adversarios, y promesas de recompensa en los Cielos para sus partidarios. Los bandos rivales estaban ocupados en atacarse mutuamente, y el reformador tuvo descanso por un tiempo.

El cisma, con toda la lucha y la corrupción que produjo, preparó el camino para la Reforma, y le permitió a la gente ver lo que era realmente el papado. Wiclef llamó a la gente a considerar si estos dos papas no estaban diciendo la verdad al condenarse uno al otro como el anticristo.

Determinado a que la luz fuera llevada a todas partes de Inglaterra, Wiclef organizó un cuerpo de predicadores: hombres sencillos, devotos, que amaban la verdad y deseaban propagarla. Estos, al enseñar en los mercados, en las calles de las grandes ciudades y en los caminos del campo, buscaban a los ancianos, a los enfermos y a los pobres, y les presentaban las buenas noticias de la gracia de Dios.

<sup>2</sup> D'Aubigné, lib. 17, cap. 7.

<sup>3</sup> Augustus Neander, *General History of the Christian Religion and Church* [Historia general de la religión cristiana y la iglesia], período 6, sec. 2, parte 1, párr. 8.

En Oxford, Wiclef predicó la Palabra de Dios en las aulas de la universidad. Recibió el título de “el doctor evangélico”. Pero la obra mayor de su vida fue la traducción de las Escrituras al inglés, de manera que toda persona de Inglaterra pudiera leer las maravillosas obras de Dios.

### **Atacado por una peligrosa enfermedad**

Pero, repentinamente su obra se detuvo. Aunque no tenía todavía sesenta años de edad, el trabajo arduo e incesante, el estudio y los ataques de los enemigos lo habían debilitado y envejecido prematuramente. Fue atacado por una enfermedad peligrosa. Los frailes pensaban que se arrepentiría del mal que había hecho a la iglesia y rápidamente fueron a su casa, listos para escuchar su confesión. “Tienes la muerte en tus labios –le dijeron–; arrepíentete de tus faltas, y retráctate en nuestra presencia de todo lo que has dicho contra nosotros”.

El reformador escuchó en silencio. Entonces le pidió a su criado que lo ayudara a incorporarse en su cama. Observando fijamente a los frailes, dijo con voz firme y fuerte, voz que a menudo los había hecho temblar: “No voy a morir, sino que viviré; y volveré a denunciar las maquinaciones de los frailes”.<sup>4</sup> Sorprendidos y desconcertados, los monjes se apresuraron a salir de la habitación.

Wiclef vivió para colocar en manos de sus conciudadanos el arma más poderosa que existía contra Roma: la Biblia, el agente señalado por el Cielo para liberar, iluminar y evangelizar al pueblo. Él sabía que tenía solo unos pocos años para trabajar; vio la oposición a la que debía hacer frente, pero, animado por las promesas de la Palabra de Dios, avanzó. Con el pleno vigor de sus facultades intelectuales, con una experiencia rica, había sido preparado por las providencias de Dios para esta, la mayor de sus obras. En la rectoría de Lutterworth, sin prestar atención a la tormenta que rugía afuera, se dedicó a su tarea predilecta.

Por fin la obra fue completada: la primera traducción de la Biblia al inglés. El reformador había colocado en las manos del pueblo inglés una luz que nunca se apagaría. Había hecho más para quebrantar las cadenas de la ignorancia y para liberar y elevar a su país que lo que jamás se haya hecho por victorias logradas sobre el campo de batalla.

Únicamente por medio de un trabajo arduo y difícil se podían hacer copias de la Biblia. Tan grande era el interés por obtener el libro que los copistas apenas si podían satisfacer la demanda. Compradores adinerados querían tener la Biblia entera. Otros compraban solo una porción. En muchos casos, varias familias se unían para comprar un ejemplar. La Biblia de Wiclef no tardó en llegar a los hogares de la gente.

Wiclef ahora enseñaba las doctrinas distintivas del protestantismo: la salvación por la fe en Cristo y la infalibilidad únicamente de las Escrituras. La nueva fe fue aceptada casi por la mitad del pueblo de Inglaterra.

La aparición de las Escrituras produjo consternación en las autoridades de la iglesia. No había en ese tiempo ninguna ley en Inglaterra que prohibiera la Biblia,

---

<sup>4</sup> D'Aubigne, lib. 17, cap. 7.

porque nunca antes había sido publicada en el idioma del pueblo. Esas leyes se sancionaron más tarde y se pusieron en vigencia con todo rigor.

De nuevo, los dirigentes papales se complotaron para silenciar la voz del reformador. Primero, un sínodo de obispos declaró que sus escritos eran heréticos. Luego, al lograr que el joven rey Ricardo II se pusiera de su parte, pronto obtuvieron un decreto real que condenaba al encarcelamiento a todos los que sostuvieran las doctrinas prohibidas.

Wiclef apeló del sínodo al Parlamento. Valientemente acusó a la jerarquía eclesiástica ante la autoridad nacional, y exigió la reforma de los enormes abusos promovidos por la iglesia. Sus enemigos quedaron confundidos. Se esperaba que el reformador, ya anciano, solo y sin amigos, se inclinara ante la autoridad de la Corona. En lugar de ello, el Parlamento, impulsado por la notable apelación de Wiclef, rechazó el edicto de persecución y el reformador se halló de nuevo en libertad.

Pero, una vez más fue llevado a juicio, y en este caso ante el tribunal eclesiástico supremo del reino. Allí, finalmente, la obra del reformador tendría que detenerse, pensaban los papistas. Si lograban su propósito, Wiclef saldría de este lugar solo para ir a la hoguera.

### **Wiclef se niega a retractarse**

Pero Wiclef no se retractó. Valientemente mantuvo sus enseñanzas y repelió las acusaciones de sus perseguidores. Llevó a sus oyentes ante el tribunal divino, y pesó sus falsos argumentos y sus engaños en la balanza de la verdad eterna. El poder del Espíritu Santo se hizo sentir sobre los oyentes. Como flechas de Dios, las palabras del reformador les atravesaron el corazón. El cargo de herejía, con el que lo acusaban, ahora él se lo arrojaba a sus acusadores.

“¿Contra quién piensan ustedes que están luchando? –dijo–. ¿Contra un anciano que está al borde de la tumba? ¡No! Contra la verdad: la verdad que es más poderosa que ustedes y los vencerá”.<sup>5</sup> Luego de decir esto se retiró, y ninguno de sus adversarios intentó impedirlo.

La obra de Wiclef estaba casi terminada, pero una vez más tendría que presentar su testimonio en favor del evangelio. Fue citado a juicio ante el tribunal papal de Roma, que tan a menudo había derramado la sangre de los santos; pero un ataque de parálisis le hizo imposible realizar el viaje. No obstante, aun cuando su voz no podía oírse en Roma, podía hablar por carta. El reformador envió al Papa un escrito que, aunque respetuoso y de espíritu cristiano, era un agudo reproche al lujo y el orgullo de la sede papal.

De esta forma presentó ante el Papa y sus cardenales la mansedumbre y la humildad de Cristo: exhibió, no solamente ante ellos, sino ante toda la cristiandad, el contraste entre ellos y el Maestro, cuyos representantes pretendían ser.

Wiclef tenía la plena convicción de que su fidelidad le costaría la vida. El rey, el Papa y los obispos estaban unidos para causarle la ruina, y parecía seguro que en solo unos meses iría a la hoguera. Pero su valentía estaba intacta.

<sup>5</sup> Wylie, lib. 2, cap. 13.

El hombre que durante toda su vida había permanecido valientemente firme en defensa de la verdad no iba a caer víctima del odio de sus adversarios. El Señor había sido su protector; y ahora, cuando sus enemigos se sentían seguros de su presa, la mano de Dios impidió que lo atraparan. En su iglesia, en Lutterworth, cuando estaba por impartir la comunión, cayó herido por un ataque de parálisis, y después de un corto tiempo, falleció.

## **Precursor de una nueva era**

Dios había puesto la palabra de verdad en la boca de Wiclef. Su vida fue protegida; y sus labores, prolongadas, hasta que se hubo colocado el fundamento para la Reforma. No hubo ninguna persona anterior a él cuya obra sirviera de molde para su sistema de reforma. Fue el precursor de una nueva era. Al mismo tiempo, la verdad que había presentado era tan plena y completa que los reformadores que lo siguieron no pudieron superarla, y algunos ni siquiera la alcanzaron. Tan firme y segura era la estructura que no necesitaba ser reconstruida por los que vinieran después de él.

El gran movimiento que Wiclef inauguró, para liberar a las naciones de tanto tiempo de esclavitud por parte de Roma, tenía su fundamento en la Biblia. Esta era la fuente del manantial de bendiciones que ha fluído a través de los tiempos desde el siglo XIV. Educado para considerar a Roma como la autoridad infalible y para aceptar con incuestionable reverencia las enseñanzas y las costumbres de mil años, Wiclef abandonó todas estas cosas para escuchar la santa Palabra de Dios. Declaró que la única verdadera autoridad era la voz de Dios que habla por medio de su Palabra, en lugar de la iglesia que habla por medio del Papa; y enseñó que el Espíritu Santo es el intérprete de la Palabra.

Este hombre fue uno de los más grandes reformadores, igualado por pocos de los que vinieron después de él. La pureza de vida, el infatigable esfuerzo en el estudio y el trabajo, la integridad incorruptible y el amor cristiano caracterizaron al primero de los reformadores.

Fue la Biblia la que hizo de él lo que fue. El estudio de la Biblia ennoblecerá todo pensamiento, sentimiento y aspiración como ningún otro medio puede hacerlo. Da estabilidad de propósitos, valor y fortaleza. El estudio ferviente y reverente de las Escrituras daría al mundo seres humanos de tremenda capacidad intelectual, al igual que principios más nobles, mayores de los que jamás haya producido la mejor instrucción que pueda otorgar la filosofía humana.

Los seguidores de Wiclef, conocidos como wiclefitas y lolardos, se extendieron a otros países llevando el evangelio. Después de que su líder murió, los predicadores trabajaron con un celo aún mayor que antes. Multitudes concurrían a escucharlos. Algunos miembros de la nobleza, y aun la esposa del rey, estuvieron entre sus conversos. En muchos países, los símbolos idolátricos del romanismo fueron quitados de las iglesias.

Pero pronto estalló una persecución despiadada contra los que se habían atrevido a aceptar la Biblia como su guía. Por primera vez en la historia de Inglaterra,

se decretó la hoguera para los discípulos del evangelio. Un martirio sucedía a otro. Perseguidos por ser adversarios de la iglesia y traidores de la fe, los defensores de la verdad continuaron predicando en lugares secretos, mientras hallaban refugio en los hogares humildes de los pobres, y a menudo se escondían en cuevas y cavernas.

Por siglos, continuó manifestándose una protesta tranquila y paciente contra la corrupción de la fe religiosa. Los cristianos de esos tiempos antiguos habían aprendido a amar la Palabra de Dios, y sufrieron pacientemente por su causa. Muchos sacrificaron sus posesiones mundanas por Jesús. Aquellos a quienes se les permitía habitar en sus hogares, alegremente, alojaban a sus hermanos desterrados, y cuando ellos también eran desalojados aceptaban con alegría el destino de los perseguidos. No fue pequeño el número de los que dieron un valiente testimonio de la verdad en los calabozos y en medio de las torturas y las llamas, regocijándose en ser contados por dignos de participar “en sus sufrimientos” (Filipenses 3:10).

El odio de los partidarios del papado no pudo quedar satisfecho mientras el cuerpo de Wiclef descansara en la tumba. Más de cuarenta años después de su muerte, sus huesos fueron exhumados y quemados públicamente, y las cenizas fueron arrojadas a un arroyo vecino. “Este arroyo –dijo un antiguo escritor– llevó sus cenizas hasta el río Avón; el Avón, al Severna; el Severna, hasta los mares; y estos, al océano. Y de este modo las cenizas de Wiclef son un emblema de su doctrina que ahora está dispersa por el mundo entero”.<sup>6</sup>

Por medio de los escritos de Wiclef, Juan Hus de Bohemia fue inducido a rechazar muchos de los errores del romanismo. De Bohemia, la obra se extendió a otros países. Una mano divina estaba preparando el camino para la gran Reforma.

---

<sup>6</sup>T. Fuller, *Church History of Britain* [Historia de la iglesia en Inglaterra], lib. 4, sec. 2, párr. 54.